NO CONFORMARSE
SINO CON LA SANTIDAD

Domingo, 1 de noviembre de 2026
Solemnidad de Todos los Santos
Oratorio de San Felipe Neri
Alcalá de Henares

«Somos hijos de Dios,
y aún no se ha manifestado lo que seremos» (1Jn 3,2)

Queridos todos:

Celebramos la Solemnidad de Todos los Santos. ¿Os imagináis, pasado ya el juicio final, la multitud de los santos delante de Dios? Difícil imaginarlo, porque Dios es tan distinto de nosotros que somos incapaces de hacernos una idea adecuada de su grandeza y de su gloria; tampoco de la gloria de los bienaventurados. No podemos imaginar cómo los cuerpos resucitados y sus almas eternas participarán de la gloria de Dios. Pero será grandioso, para nosotros y para Dios. Será felicísimo, para nosotros y para Dios, que verá en su seno, junto a su Hijo eterno y junto a Santa María, a la multitud de los santos de todos los tiempos. Y el Espíritu Santo nos envolverá, nos ungirá con ese óleo de alegría que es él, vínculo de amor. ¡Cómo imaginar todo eso! La belleza del mar o del cielo es nada comparada con la belleza de Dios Trino y sus santos.

Juan tiene una visión simbólica y profética de este cielo: **«Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos, que gritan con voz potente: "¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono y del Cordero!"»**. Hablan de victoria porque hay una guerra. Pero el Cordero inmolado por amor ha vencido: la muerte no ha podido matar el amor y nada puede separarnos de él. También los santos han vencido con él: **«Son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero»**. La sangre del Cordero, su amor, los ha purificado desde lo más hondo, los ha transformado, los ha hecho vencer, los ha vestido de blanco, los ha llenado de alegría… Y cantan victoria.

En el Padrenuestro pedimos: **«líbranos del malo»**. Nos hace la guerra: quiere separarnos de Dios, fuente de la vida, principio de la luz, de la razón, de la belleza, del amor. Quiere arrancarnos del amor y aislarnos con la soledad, arrancarnos de nuestro Padre y dejarnos huérfanos ante el silencio eterno de la muerte. Estos días, en todas partes, la gente ha hecho minutos de silencio por los muertos en Urda. Mucha gente, con buena intención, expresa así su dolor y su respeto, pero a mí me parece un gesto terrible: ante tanta muerte y ante tanto dolor, solo silencio. Es como si no tuviéramos alguien a quien gritar clemencia, a quien suplicar, a quien llorar, como si estuviéramos en el universo solos, y, no teniendo a quien hablar, callamos, guardamos silencio. Es un engaño diabólico. No estamos solos, hay un Tú a quien hablar, que nos ha hablado antes. Su Palabra se deja oír en la creación, fuera y dentro de nosotros, y se ha hecho carne y sufre con nosotros, no se ha quedado lejos. Ha muerto en la cruz y vive. El mismo que habla en la conciencia y no se confunde con nuestro yo, el mismo que habla en la creación y no se confunde con lo creado, ese es nuestro interlocutor, no el vacío ni la muerte. No os dejéis engañar; ante la muerte, ante el dolor, gritad: **«Padre»**, **«Padre nuestro»**. No estamos solos, tenemos a Dios, y gozaremos de Él y con Él toda la eternidad. Es lo que nos muestra en visión profética el Apocalipsis: una multitud que grita victoria y canta, porque ha vencido, y está ante su Dios, gozando de su belleza y su amor.

El mundo, es decir, el hombre separado de Dios por el pecado, sin el conocimiento de la fe, no entiende que somos hijos. **«Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!»**, decía san Juan. Y añadía: **«El mundo no lo conoce, porque no lo conoció a él»**. Somos hijos y es nuestro privilegio vivir así, como hombres que tienen Padre, y si Padre, hermanos. Vivamos con la alegría de tener a Dios por Padre, de vivir acompañados, de enfrentarnos a la vida y a la muerte acompañados de quien nos ama. Mostremos a este mundo desdichado la alegría de tener al Hijo de Dios con nosotros, y a su Padre, como Padre nuestro. Mostrémoslo, para que se acerquen y nuestra alegría sea también la suya. San Juan seguía: somos hijos, sí. **«Y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él»**. Si Dios ha muerto por nosotros, pensad en la gloria, en la dicha, en la felicidad que habrá preparado para nosotros: **«seremos semejantes a él»**.

El Apocalipsis decía que los santos venían de una gran tribulación. Y con esto vamos a las palabras de Cristo, que nos dice cómo pasa él por esta tribulación, hasta alcanzar la victoria, y cómo nosotros, pegados a él, de su mano, podremos vencer. Con las Bienaventuranzas y con su vida, que se explican mutuamente, nos muestra el camino. Su vida culmina con el amor que se entrega en la cruz y las bienaventuranzas describen ese camino.

1. Cristo se ha hecho pobre y ha ganado para él y para nosotros el Reino de los Cielos: **«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos»**.

2. Él, todopoderoso, se ha hecho manso, para llevarnos: **«Venid a mí, que soy manso y humilde de corazón»**. Ha soportado el peso de nuestros pecados, y así nos ha conquistado: **«Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra»**.

3. Ha llorado él nuestro extravío, sufriéndolo y haciéndolo suyo, como si nuestra perdición fuera la suya. Y ahora se gozará, consolado, por el amor de su Padre, pero también por el amor de sus santos: **«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados»**.

4. Él ha trabajado para hacernos justos. Como agricultor de las profundidades humanas, con hambre de hacernos justos, con sed de nuestro amor. **«Con ansia he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer»**. Con ansia ha hecho llegar su palabra a nuestra inteligencia para darnos luz; y su amor hasta el fondo del alma para atraernos con su belleza, y conquistar y fortalecer nuestra voluntad. Y resucitado, se sacia de sus santos: **«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados»**.

5. Dice san Bernardo que Jesús es como un saco lleno de misericordia, la ha ido derramando con cada llamada a los que no merecíamos ser llamados a su amistad, con cada perdón, hasta que se ha vaciado y ha gritado: **«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»**, consiguiendo para nosotros la gran absolución, la reconciliación: **«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»**.

6. Y con el perdón, la paz que anuncia resucitado: **«La paz os doy»**. La paz que ansía el corazón expulsado de la cercanía de Dios por el pecado, la paz de volver a casa, la paz del abrazo paterno al hijo pródigo, la paz de sus brazos: **«Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios»**.

7. Amor sin mezcla, solo amor, puro, sin nada más que amor, que creció en su corazón humano hasta el extremo, sin añadir ni egoísmo, ni búsqueda de placer, ni afirmación del yo… ¡nada! ¡Solo amor! El amor que purifica el corazón en el deseo de Dios: **«Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo, ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?»** Y sed ahora saciada, la de Cristo y la de sus santos: **«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»**.

8. Desde que el Hijo entró en el mundo, todo el mal lo sintió como un cuerpo extraño, se levantó contra él y quiso acabar con él. Desde Herodes en adelante. Se cumplió la profecía: **«Se alían los reyes**

de la tierra, los príncipes conspiran contra el Señor y contra su Mesías». Y los suyos participan de su vida: **«Si a mí me han perseguido, a vosotros os perseguirán»**. Siempre ha sido así: los santos inocentes, el Bautista, Esteban, Santiago… hasta nuestros días: **«Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos»**.

Bienaventurado Jesús, nuestra cabeza gloriosa y bendita, Dios verdadero y hombre perfecto, el más hermoso de los hijos de Adán, hombre nuevo, nuevo Adán, que ha unido humanidad y divinidad. Bienaventurados los santos que han vivido con él esta vida, que han muerto con él y que con él viven a Dios. Bienaventurados nosotros, llamados al mismo amor, a la misma santidad, a la misma gloria. No os conforméis con nada que no sea eso. No os conforméis con nada que no sea la santidad.

Alabado sea Jesucristo
Siempre sea alabado.

P. Enrique Santayana Lozano C.O.